

y luego, procurando acostumbrarme, he hecho aprovechar á otros de mi experiencia.

Yo formaba entre los alumnos más jóvenes de Hampton. La mayor parte de los estudiantes eran hombres ó mujeres de edad madura y algunos de ellos contaban cuarenta años. No es frecuente el privilegio de vivir en compañía de trescientos ó cuatrocientos hombres, poseídos todos del mismo afán de ilustrarse. Cada hora del día estaba consagrada al estudio ó al trabajo. Todos ellos habían estado bastante tiempo en contacto con el mundo para saber apreciar la necesidad de la instrucción. Algunos eran demasiado viejos para estudiar en los libros, y apenas verles esforzarse en vano para aprender las lecciones; pero suplían con la voluntad lo que les faltaba de inteligencia. Muchos otros, además, eran tan pobres como yo, y á la par que con los libros tenían que luchar con la miseria que les privaba de las cosas más indispensables de la vida. Otros tenían padres ancianos que dependían de ellos y otros, finalmente, eran hombres casados que tenían que subvenir, de una manera ú otra, al mantenimiento de sus mujeres.

La gran ambición que les animaba á todos era prepararse á luchar por su raza, cada cual en la medida de sus fuerzas. A su vez era admirable la abnegación de maestros y empleados. Trabajaban por los estudiantes noche y día, y no parecían satisfechos más que cuando podían ayudarles de una manera ú otra.

El día en que se narre, y espero que será pronto, la parte que tomaron los profesores yankees en la educación de los negros después de la guerra, este capítulo constituirá una de las páginas más emocionantes de la historia de aquel país. Día vendrá, y no está lejos, en que todo el Sud sepa apreciar este servicio mejor de lo que ha sido apreciado hasta el presente.

§ CAPÍTULO IV.—AYUDO Á MIS COMPAÑEROS. ✂ ✂ ✂

Una nueva dificultad surgió en mi vida de colegial, al terminarse mi primer año de Hampton. La mayor parte de los alumnos se fueron á pasar las vacaciones á su casa. Yo no tenía dinero para volver á la mía y me era necesario irme á algún sitio. Por aquel tiempo no había la costumbre de que los alumnos permanecieran en el colegio durante las vacaciones. Experimenté una profunda tristeza viendo hacer á los demás sus preparativos de marcha. Yo no tenía dinero para ir á ningún sitio.

Por entonces poseía un traje, que había adquirido no sé como, que era de segunda mano, pero que estaba todavía en buen estado. Resolví venderlo para procurarme un poco de dinero con que hacer frente al gasto del viaje. Yo era bastante orgulloso y, en mi orgullo de muchacho, hacía todo lo posible por esconder á mis compañeros mi falta de dinero. Hice saber á algunas personas de la ciudad que tenía ropa para vender; y á fuerza de persuasión logré que un negro viniera hasta mi cuarto, á ver mi traje para comprármelo. Después de convencerle cobré ánimos. Al otro día, muy temprano, vi llegar á mi futuro cliente. Después de examinar escrupulosamente el traje prenda por prenda

me preguntó cuánto quería por él. Respondíle que, á mi juicio, bien valía unos tres dollars. El precio pareció convenirle; pero con la mayor tranquilidad me dijo: «Me quedo con él. Ahora os daré á cuenta cinco sueldos y el resto cuando lo tenga.» No es difícil adivinar el efecto que me hizo esta proposición.

Perdí toda esperanza de poderme marchar de Hampton para encontrar un empleo durante las vacaciones. Mi deseo era ir á algún sitio donde pudiera trabajar y ganarme lo necesario para comprar ropa y otras cosas indispensables. A los pocos días, profesores y alumnos habían partido de Hampton y yo me quedé solo y más abatido que nunca.

Después de algunas pesquisas inútiles en la villa y los alrededores, acabé por encontrar un empleo en un restaurant de Fortress Monroe. Mi salario era apenas suficiente para pagar mi hospedaje. Pero me quedaba mucho tiempo entre las comidas y por la noche, que aprovechaba para mis estudios y para dedicarme á la lectura; desde este punto de vista, el verano me fué muy provechoso.

A fines de mi primer año de colegio debía á la Escuela diez y seis dollars que no había podido pagar en un equivalente de trabajo. Mi único deseo era encontrar medio de procurarme esta suma para saldar mi deuda. La consideraba como una deuda de honor y no hubiera podido tratar de volver á Hampton sin liquidarla de antemano. Hice economías por todos los medios imaginables, lavándome yo mismo la ropa y privándome de las prendas de vestir más necesarias; apesar de todo, el verano tocaba á su fin y yo no había reunido aun los diez y seis dollars.

Un día de la última semana que pasé en el restaurant, encontré debajo de una mesa un billete de diez

dollars, flamante y nuevecito. Aquel hallazgo me llenó de alegría. Pero, habiendo tenido lugar en una casa que no era mía, creí de mi obligación participárselo al dueño. También él pareció alegrarse mucho pero me explicó tranquilamente que, habiéndolo encontrado en su casa tenía derecho á guardarse aquel dinero, y así lo hizo. Debo confesar que aquel golpe fué duro para mí. No digo que me descorazonara porque no recuerdo haber perdido nunca los ánimos en ninguna de mis decisiones. Siempre he tomado una resolución con la idea de llevarla á cabo y nunca he podido soportar á las personas que constantemente disponen de alguna razón para poder demostraros que no lograréis vuestros propósitos. Al revés, aquél que sabe indicarme los medios de que echar mano para realizarlos, me inspira un profundo respeto. Hacia fines de aquella semana, fuí á ver al tesorero del instituto de Hampton y le expuse francamente mi situación. No cupe en mí de gozo cuando me aseguró que podría reanudar mis estudios y que me abriría un crédito hasta que me hallara en condiciones de pagarle. Durante mi segundo año de estudios, continué desempeñando mis funciones de fámulo.

La instrucción sacada de los libros no forma sino la parte mínima de lo que aprendí en Hampton. Lo que más profundamente me impresionó, en mi segundo año de estudios, fué el completo olvido de sí mismos que advertía en los profesores. Me era difícil comprender que pudiera alcanzarse aquel ápice de la abnegación en que sólo se es feliz pensando en los demás. Y antes de terminarse el año había podido experimentar por mí mismo que los más dichosos son, en realidad, aquellos que hacen más por los otros; cosa que me he esforzado en tener presente durante toda mi vida.

Considero también como una de las buenas enseñan-

zas que saqué de Hampton, el haberme familiarizado con la cría de los animales domésticos, y en especial de las mejores clases de aves. Todo estudiante que ha podido darse cuenta de las ventajas que se siguen de una incubación y de una cría razonadas, no se contentará con especies mediocres.

Mi segundo año de estudios me fué sobretodo provechoso para el conocimiento de la Biblia, que aprendí á apreciar en su justo valor. Debo á miss Nathalie Lord, profesora en Portland (Maine), el amor que tengo á la Biblia y el uso que hago de ella. Confieso que, hasta entonces, me había preocupado poco; desde entonces aprendí á amar su lectura no solamente por la edificación interior, sino por el goce literario. Aquellas lecciones me dejaron un recuerdo tan indeleble que, hoy mismo, por ocupado que me encuentre, no dejo de hacer mi lectura cotidiana por la mañana, antes de comenzar mi labor.

Sean cuales sean mis condiciones oratorias, las debo igualmente, en gran parte, á miss Lord. Habiendo observado buenas disposiciones en mí para este arte, dióme lecciones particulares sobre la manera de respirar, la entonación y la articulación. Nunca ha tenido atractivos para mí el hablar por hablar. Creo, á decir verdad, que nada hay tan vano y tan poco satisfactorio como el discutir en público sobre un asunto abstracto. Pero desde mi más tierna infancia he tenido el deseo de hacer alguna cosa para el bien de la Humanidad y de hablar al mundo de esta cosa. Las reuniones para debates oratorios (1) que teníamos en Hampton eran para mí una

(1) Las *sociedades de debates* son muy frecuentes en los Estados Unidos. Cada agrupación de jóvenes, cada escuela ó cada universidad tienen su *debating society*, para ejercitarse en el arte de la palabra.—(N. del T.).

fueron una fuente constante de goces intelectuales. Se celebraban todos los sábados por la noche y durante el tiempo de mi permanencia en Hampton, no creo haber faltado á una sola. Por el contrario, logré establecer la costumbre de una nueva reunión. Yo había notado que después de la cena, antes del estudio de la noche, perdíamos ordinariamente veinte minutos en conversaciones fútiles. Unos veinte compañeros resolvimos reunirnos para utilizar este tiempo en discusiones oratorias. Nunca veinte minutos de recreo han proporcionado tanta satisfacción ni tanto provecho.

A fines de mi segundo año de Hampton, gracias á un envío de dinero de mi madre y de mi hermano Juan, completado por un regalo en efectivo de uno de los maestros del instituto, pude volverme á pasar mis vacaciones en Malden, en la Virginia del Oeste.

Llegado á mi casa, supe que las fábricas para la extracción de la sal gemma no funcionaban y que la mina de carbón había dejado de explotarse á causa de la huelga de mineros. Parece que las huelgas se reproducían habitualmente cada vez que los obreros tenían algunos ahorros. Durante la huelga gastaban, naturalmente, todos sus recursos; luego, abrumados de deudas, volvían al trabajo en las mismas condiciones de antes ó se trasladaban á otras minas, lo que les suponía un gasto considerable. En uno y otro caso, su situación era más precaria al acabar que al comenzar la huelga. Hasta la época de las huelgas, yo había conocido en aquella región mineros que hacían buenas economías; pero desde que se presentaron los agitadores de profesión, dejaron de ahorrar hasta los obreros más laboriosos.

Mi madre y los otros individuos de mi familia tuvieron gran contento al verme y especialmente al com-

probar por sí mismos los progresos que había hecho en mis dos años de ausencia. La alegría de todos los negros del lugar, grandes y chicos, y sobre todo la de los más ancianos, era conmovedora. Me vi forzado á hacer una visita á cada familia, á comer un día en cada casa, y, por todas partes, á repetir el relato de mi estancia en Hampton. Me fué preciso, además, hablar en la iglesia, delante de los alumnos de la escuela, y en otros muchos sitios. Pero lo que deseaba con más fervor, es decir, una ocupación, no se encontraba en parte alguna. No había trabajo á causa de la huelga. Mi primer mes de vacaciones se pasó casi entero en buscarme un empleo que me permitiera pagarme mi vuelta y los gastos de reinstalación.

Al acabarse aquel mes hice una gran correría para buscarme colocación. Mis pasos no dieron resultado y la noche se me vino encima antes de regresar á casa. Se me acabaron las fuerzas cuando todavía me faltaba una milla para llegar á ella, no podía dar un paso y tuve que detenerme en una choza abandonada para pasar allí el resto de la noche. Hacia las tres de la madrugada mi hermano me encontró dormido en aquel sitio y me participó lo más dulcemente que pudo que nuestra querida madre había muerto durante la noche.

Fué para mí el momento más triste y más duro de mi vida. Ya hacía muchos años que mi madre no gozaba de buena salud; pero yo estaba lejos de imaginarme, al despedirme de ella la víspera, que no había de verla más y mi deseo había sido siempre que no muriera sin estar yo á su lado. Lo que más me acuciaba, cuando estaba en Hampton, era la ambición de crearme una posición que me permitiera proporcionar á mi madre la mayor alegría y el mayor bienestar posibles. Ella misma nos había confiado su deseo de vivir lo bastante

para ver á sus hijos instruídos y en camino de ser algo en el mundo.

Poco tiempo después de la muerte de mi madre, era extraordinario el desorden en nuestro hogar. Por mucho que se esforzara mi hermana Amanda, era demasiado joven para llevar la casa y mi padre no tenía posición para alquilar una sirvienta. El desarreglo era tal que unos días comíamos y otros ayunábamos. Más de una vez tuvimos que contentarnos con una lata de tomates en conserva y galletas por única comida. Nuestros trajes estaban descuidados, y los alrededores de nuestra vivienda acusaban la desolación del abandono. Me parece que fué el período más negro de mi vida.

Mme. Ruffner, á la que he nombrado más arriba, me recibía siempre con cariño y me ayudó mucho en este período de pruebas. Algunas semanas antes de terminar las vacaciones me proporcionó ocupación en su casa; y además jornales que iba á hacer, un poco lejos de mi choza, en una mina de carbón, me ayudaron á procurarme algún dinero.

Hubo un momento en que pensé tener que renunciar á la idea de mi regreso á Hampton; pero no quería abandonar sin lucha un proyecto que había llegado á echar tales raíces en mi corazón. Necesitaba abrigo para el invierno próximo, y tuve que contentarme con algunas ropas que mi hermano Juan me procuró. No tenía, por consiguiente, trajes ni dinero; pero contaba con lo suficiente para llegar á Hampton y cuando me convencí de ello, volví á cobrar esperanzas. Una vez en Hampton mi suerte estaba asegurada, porque, como los otros años, podía hacerme útil, desempeñando mi oficio de fámulo y de este modo pasar, sin más gastos, un nuevo año de estudios.

No faltaban más que tres semanas para reanudarse

las clases, cuando me llegó una agradable sorpresa bajo la forma de una carta de miss Marie F. Mackie, la directora, mi excelente amiga, rogándome que regresara á Hampton quince días antes de la apertura de curso para ayudarla en la limpieza y arreglos que tenían que hacerse en el colegio. Mi situación se despejaba por completo. Era una buena ocasión de que me abrieran un crédito en los libros del tesorero. Y salí para Hampton en seguida.

Durante dos semanas fui testigo de un ejemplo que no olvidaré jamás. Miss Mackie pertenecía á una de las más antiguas y distinguidas familias del Norte; sin embargo, por espacio de quince días, trabajó á mi lado, limpiando ventanas, sacudiendo muebles, arreglando camas ¿qué sé yo? No habría estado satisfecha si se hubieran abierto las clases sin que todos los cristales de las ventanas resplandecieran de limpieza; y todos los años hacía este trabajo por sí misma con la mayor alegría.

Yo no podía comprender que una dama de su linaje y de su inteligencia se empleara en oficios tan vulgares para contribuir al enaltecimiento de una raza desdichada, pero su ejemplo ha bastado después para sublevarme agriamente contra las escuelas para negros que no enseñan á sus educandos la dignidad del trabajo.

Durante mi último año de estancia en Hampton, cada minuto que me dejaban libre mis ocupaciones, lo dedicaba al estudio. Quería hacer estudios brillantes aquel año para figurar en la lista de honor de los oradores en la distribución de premios. Logré el éxito soñado y en el mes de junio de 1875 terminaba el curso regular de estudios en Hampton. Todo el bien que he sacado de mis años de pensión en aquella casa, puede

atribuirse á dos causas principales: en primer lugar al trato directo con un grande hombre; el general S. C. Armstrong, que, ya lo he dicho, realizaba, en mi concepto, el carácter más escogido, más vigoroso y más noble que me haya sido dado frecuentar. En segundo lugar el haber comprendido por la primera vez y claramente lo que la instrucción debía significar para el hombre.

Hasta entonces yo había compartido la idea que tenían casi todos los negros, según la cual instruirse quiere decir proporcionarse una vida agradable y fácil y eximirse de todo trabajo manual. En Hampton no solamente aprendí que el trabajo no deshonor, sino que comencé á amar el trabajo independientemente de lo que reporta en dinero; por sí mismo, por la confianza que nos dá en nuestras fuerzas, y por la independencia que se origina de la aptitud para producir una cosa necesaria á los hombres. En Hampton, también por la primera vez, comprendí lo que es una vida de abnegación y hasta qué punto el interés por los otros contribuye al propio bienestar.

No tenía un céntimo en el bolsillo cuando hice mis exámenes de fin de curso. Como otros estudiantes de Hampton, que se hallaban en idéntica situación, encontré un empleo de mozo en un hotel de verano, en el Connecticut; un préstamo me sirvió para trasladarme allí. No me fué necesario largo tiempo para vencerme de mi ignorancia en el arte de servir la mesa; sin embargo, el dueño del establecimiento me trató como á un mozo experimentado. A los pocos días me confió una mesa donde comían cuatro ó cinco clientes ricos y casi aristócratas. Mi ignorancia del arte de servir era tal que, reprendiéndome ellos agriamente, escapé lleno de miedo dejándoles delante de una mesa

vacía. Esta conducta me valió el ser retrogradado de mozo de hotel á pinche de cocina. Mientras tanto quise aprender á servir la mesa y me apliqué con tal fervor, que algunas semanas después el dueño me reintegraba en mis funciones. Mas tarde, viajando, me he detenido algunas veces en aquel hotel donde había servido como mozo.

A fines de temporada volví á mi casa y me nombraron director de la Escuela de negros. Aquí empieza el período más dichoso de mi vida. Tenía la convicción de que iba á ser útil á mis conciudadanos haciéndoles conocer un ideal de vida más alto y tratando de inculcar á los jóvenes de Malden la idea de que la instrucción no se encuentra en los libros solamente.

Mi labor comenzaba á las ocho de la mañana y, en general, no acababa hasta las diez de la noche. Además de la instrucción reglamentaria dada en todas partes, yo ayudaba á mis discípulos á aprender el arte de peinar-se los cabellos, de lavarse las manos y la cara y de cuidar sus vestidos. Esforzábame sobre todo en demostrarles la necesidad del baño y del cepillo para los dientes porque durante toda mi carrera de enseñanza he estado y continúo estando convencido de que el cepillo para los dientes es uno de los agentes más poderosos de la civilización.

Había tantas personas de la villa á quienes el deseo de instruirse, apesar de su labor cotidiana, mordía las entrañas, que se impuso la necesidad de abrir clases nocturnas. Estas clases se vieron pronto tan concurridas como las de día. Verdaderamente admiraba considerar los esfuerzos de aquellos hombres y aquellas mujeres algunos de los cuales contaban más de cincuenta años.

No solamente atendía yo á las clases de día y á las de noche, sino que establecí además un salón de lectura

y una sociedad de debates oratorios. Los domingos hacía dos «escuelas dominicales»: una, á tres millas de Malden, por la mañana, y otra por la tarde en Malden mismo. Fuera de esto, daba algunas lecciones particulares á muchachos que se preparaban para ingresar en el instituto de Hampton. A todos prodigaba la instrucción sin preocuparme de remuneraciones y cuando se me presentaba el caso de ser útil á alguien era completamente feliz. Hay que hacer constar que, como maestro, el Estado me asignaba un sueldo.

Mientras hacía mis estudios en Hampton, mi hermano mayor me había ayudado con todas sus fuerzas, á la vez que trabajaba en las minas para subvenir á los gastos y manutención de toda la familia. Este constante trabajo le había privado de instruirse. Mi más ardiente deseo, por lo tanto, era ayudarle á mi vez; prepararle para entrar en Hampton y hacer las economías necesarias para que pudiera pagar todos sus gastos en la Escuela. Tuve la satisfacción de lograrlo. Hizo allí sus tres años de estudios y actualmente es director de la enseñanza profesional en Tuskegee. A su regreso de Hampton juntamos nuestros esfuerzos y nuestras economías para enviar igualmente á nuestro hermano adoptivo James á la Escuela. Lo logramos también y actualmente es director del correo en Tuskegee. El año 1877, que fué el segundo de mi permanencia en Malden, no se diferenció sensiblemente del primero.

Por aquel tiempo fué cuando funcionaron con mayor actividad los «Ku-Klux-Klan.» Estos *Klan* los formaban unos cuantos hombres asociados con objeto de vigilar la actitud de los negros, sobre todo en materia política. En cierto modo podían compararse á las «patrullas» de que yo había oído hablar en mi niñez. Las «patrullas» estaban formadas de muchachos blancos que espiaban

todos los actos de los esclavos y les impedían trasladarse, por las noches, de una plantación á otra sin pasaporte, ó reunirse en *meetings* sin la presencia de un blanco, por lo menos.

Los «Ku-Klux» operaban como las «patrullas» principalmente por la noche, pero eran mucho más crueles que éstas. En el fondo aspiraban á sofocar en el negro todo germen de ambición política; pero no se limitaban á esto; incendiaban las escuelas y las iglesias y causaban gran número de víctimas inocentes. Durante aquel período muchos negros perdieron su vida.

Las atrocidades de aquellas turbas desenfundadas, causaron profunda impresión en mi espíritu de muchacho. Fuí testigo de una escaramuza que tuvo lugar en Malden, entre negros y blancos. Había, en cada campo, un centenar de hombres; y muchos de entre ellos fueron gravemente heridos como el general Lois Ruffner, el marido de mi buena amiga la señora Viola Ruffner. El general Ruffner, quiso tomar la defensa de los negros y se vió derribado, recibiendo heridas tan graves, que nunca pudo restablecerse por completo. El espectáculo de aquella lucha me arrebató toda esperanza sobre el porvenir de mi raza en América, y fueron aquellos días sombríos, tal vez los más tristes de la época de mi regeneración.

He hecho alusión á aquel triste episodio de la historia de los Estados del Sud, únicamente para hacer notar el cambio que se ha producido desde los tiempos del «Ku-Klux». Ya no hay rastro de semejantes asociaciones; su propia existencia ha caído en el olvido general; hoy quedan pocos sitios, en el Sud, donde la conciencia pública, tolerase la existencia de semejantes organismos.

☞ CAPÍTULO V. — LOS DÍAS DE LA REGENERACIÓN. ☞☞☞

El lapso de tiempo comprendido entre 1867 y 1878 puede llamarse en mi concepto, el período de la «regeneración.» Comprende el tiempo que pasé como estudiante en Hampton y como Director de la Escuela en Malden. Dos ideas principales privaban por entonces en la conciencia de los educandos negros: el apasionamiento ciego por los estudios clásicos (griego y latín) y la ambición de llegar á ser empleados del Gobierno.

No era dable esperar que un pueblo del que muchas generaciones habían vivido en la esclavitud y en las más profundas tinieblas de la ignorancia, comprendiera, desde el primer momento, el verdadero alcance de la educación. Durante el período de la regeneración, las clases diurnas y nocturnas en todos los Estados del Sud, rebosaban de alumnos de todas clases y condiciones. Algunos tenían sesenta y setenta años.. Este deseo de instruirse era indudablemente laudable y alentador. Pero la idea general que, desgraciadamente, animaba á la mayoría de aquellos alumnos era que, una vez instruidos, iban á verse libres de toda preocupación en este mundo ó, cuando menos, de todas las fatigas que acarrea el trabajo manual. También creían que el conocimiento, aunque fuese superficial, de las lenguas griega ó latina, convertían al hombre en un ser casi sobre-